

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 14 de Julio de 1898

Núm. 399



En el columpio.

¿La paz?

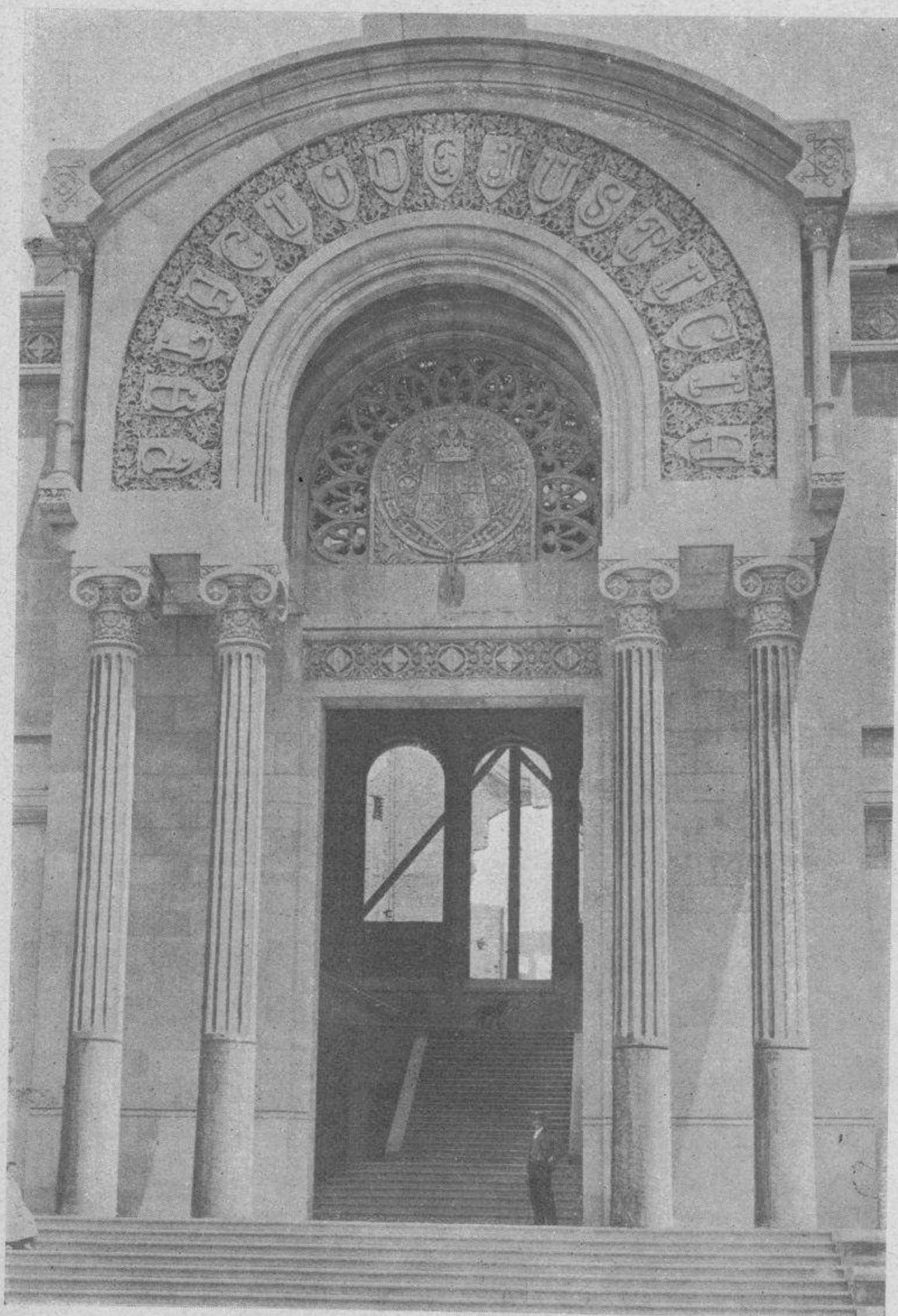
Sr. Director:

Cosa imposible es lo que pretendes, amigo Luján, y aunque hayas de tomarlo á desaire, declaro que no despliego los labios así me amenacen con todos los tormentos habidos y por haber. Tengo á grande honor la merced que me haces; pero francamente, amigo Director, no me atrevo á decir todo lo que se me ocurre ante el cuadro tristísimo que ofrece el pueblo español á los ojos del mundo: y lo digo, porque la experiencia y los desengaños han adormecido, y aun amortiguado, aquel entusiasmo ardoroso que dió con mis huesos en la cárcel por haber dejado correr la pluma con demasiada precipitación.

Hay otra circunstancia que me obliga también á mantenerme firme en la resolución que dejo apuntada; es la de que cuanto dijera, había de acarrearle odio y rencor de todos esos necios que vociferan en periódicos y ganan batallas sentados en los divanes de los cafés, y que, desde los comienzos de la guerra, andan soliviantando al pueblo, quienes por premeditado cálculo, quienes por carencia de luces naturales, quienes por vivir en un mundo ideal, que difiere en gran manera del que es, por orden de la naturaleza, positivo. No puedo remediarlo; cuando oigo hablar de nuestras pasadas grandezas, de nuestro antiguo poderío, de nuestro esplendor marchito, y leo esas frases patrióticas que hablan de Numancia, de Lepanto y de Bailén, siéntome movido á compasión por los que todavía creen cándidamente que en España existen hombres de empuje y de vigorosa energía.

Nó, nó. Todo lo de Numancia, de nuestras conquistas, de nuestro dominio extenso y rico, ha pasado ya á la historia. A tiempos nuevos, nuevas costumbres. Claro que siempre quedan reminiscencias de nuestra manera de ser, pero ¡ay! actualmente no estamos para sacrificar vidas inútilmente, ni para escribir páginas brillantes de historia. Saben morir nuestros soldados y nuestros marinos hundir los barcos; pero, á la postre, conseguimos lo

PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA, inaugurado el 1.º del actual.



Vestíbulo. — Escalera de honor.

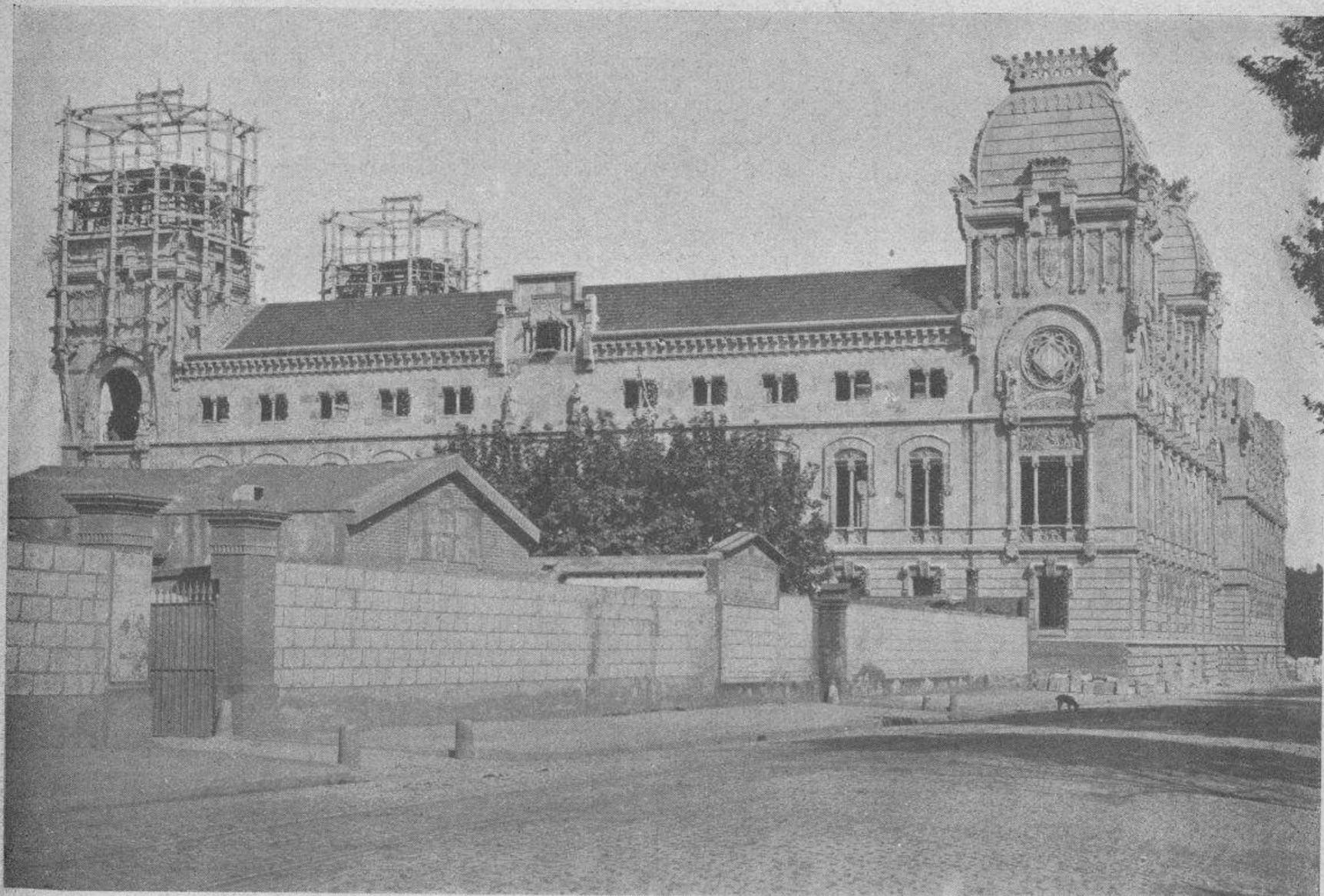
contrario de lo que nos proponíamos: que no ha hecho España poderosos esfuerzos de hombres y dinero para que un general quiera pasar á la posteridad con la aureola gloriosa de los mártires.

He oído decir que es hermoso el espectáculo de nuestros soldados luchando contra enemigos veinte veces mayor en número; sí que lo es, pero también contraproducente y doloroso. Si con el sacrificio de muchos soldados España fuera ganando poco ó mucho, santo y bueno. Vayamos todos, todos sin excepción, y aun cuando no recojamos el fruto, servirá de provecho para los que queden; pero de no ser así, ¡por favor, señores! pensemos, raciocinemos y sean nuestros actos resultado de lógico discurso, no disparatadas locuras.

Estamos solos, solos completamente; Europa nos deja porque somos pobres; nuestros desaciertos han tenido el triste desenlace que hoy deploramos. Sírvanos de provechosa enseñanza para lo sucesivo y corriamos nuestras torpezas.

Y no digo más, porque tomé la pluma con ánimo decidido de no dejar traslucir mi criterio respecto al conflicto y temo ir demasiado lejos. Flaqueza grande la mía, que no me permite mantenerme firme en mi puesto. Si cuanto acabo de decir pudiera molestar á los patrioterros exaltados, tendría grande satisfacción.

J. PÉREZ CARRASCO



Palacio de Justicia. — Fachada y ala izquierda del edificio.

La Inglesita

(Yo me llevé un chasco, ella también, y el lector que se figure lo que no hay, otro.)

Mala ventura es verse obligado á declarar las propias debilidades; pero, en fin, fuerza mayor aprieta, si no pone en ahogo.

Y yo lo digo: *enamóreme de firme*. (Esta es locución que oí á cierto diputado que iba para académico y que paró en escribiente de una Relatoria: verdad que entonces no eran aún guerreros los nerteamericanos.)

Bueno, me enamoré de... la Inglesita.

Debo declarar, porque soy muy patriota, que si en aquella ocasión *teníamos ingleses* los españoles, á los de Albión no les había picado la sangre del parentesco con los yankees.

Además, Propercio aseguró que á Cupido le importan un rábano las fronteras, y esta verdad fué confirmada más tarde por los amigos de Pizarro, quienes no se pararon, según dice la historia, en barras ni en colores.

Y... *vuelvo en mí*. La Inglesita tenía de inglesa lo que yo de japonés; pero así llamaban en la colonia á la dama. Esbelta y espiritual, éralo, sí; rubia también; pero hablaba el castellano más limpio y esplendoroso que han podido soñar para su *cepillo* todos los Chestes y Commeleranes.

Cierto es que algunos *ingleses* hablan en español clarísimo... y amuelan.

Pues, sí, sí; los ojos de la Inglesita, grandes, no ojos, ojazos, me mareaban cada vez que caían sobre los míos. ¡Qué mirar gitano el suyo! ¿Por qué llamarán inglesa, decía yo, á una señora que tiene todo el sol de Andalucía en sus dos luceros?

Mis investigaciones eran infructuosas, pues los coloniales no andaban más adelantados que yo en tales misterios filólogo-fisiológicos.

Sagasta, que tomaba baños también y que en la estación aquella no era ministro, aunque sí se rascaba la barba ya, me dió unos golpes familiares en la espalda, me llamó «joven» sonriendo, y me dijo que «aberraciones más grandes vería conforme me hiciera viejo».

Creo que se refería á la visión que tuvo en sueños la vispera. La visión de Cavite.

Sólo que fué la imagen imperfecta, porque él ha llegado á viejo y no verá lo que yo, que soy joven todavía, he de ver.

La reproducción ampliada del sueño simbólico.

Pero si el *home rule* traducido (como traducen en España los textos extranjeros) de nuestra política colonial, no me sacó de dudas, menos partido obtuve de la Inglesita, luego que me puse al habla, con ánimos de salir de pretendiente (para que no me moviera pleito Don Carlos).

—¡Soy Fany! — me contestó.

En aquella época, no calamitosa aún, era yo algo romántico (ahora de romántico no me queda ni el pelo) y lo de Fany me produjo un efecto desastroso. No me convenció. Además, vi que tanto era Fany como Inglesita, y opté por el mote.

La enamoré por todo lo fino y ella me correspondió en la misma moneda. Es decir, dejándose enamorar, sin convencerse, lo cual repercutía en mi bolsillo, porque en finezas, regalos y locuras gastaba yo, si no el oro (que es moneda que ya empezaba á parecerse á los pobres por lo que tenía — y sigue teniendo ¡ay! — de emigrante), el moro.

Fortuna que gastando el moro, no gastaba lo mio, sino lo... de los *ingleses*. Y digolo así, claramente, para que no se me venga con que una inglesa se la pegaba á un español, por cambiarse las tornas.

El resultado es que, mio ó no mio, canséme á la postre de tantas prodigalidades, y apremié á la esquivia. Vaciló, hizose la prudente, la timorata, vendióme colorines por rubor y acabó por decirme: «A la noche le aguardo».

De mi alborozo no quiero decir palabra. La hora de la cita llegó y concurri á... sus salones. Me figuré ser solo y resultó que éramos muchos. (Esto ocurre siempre que uno trata con ingleses.) Recibía Fany, esto es, había *soirée* aquella noche en su casa.

Interroguéla con mirada que abrasaba más que la suya, por lo enojada y por lo encendida, y ella ¡la pícara! me rogó que aguardase, que para todo había lugar.

Y ciertamente, cuando yo andaba aburrido y dado á los demonios se presentó la Inglesita, y con muchos remilgos y no menos cucamonas, descorriendo una cortina y sin dejar de sonreír, me invitó á pasar...

En el interior de aquella sala que yo imaginé que había de ser paraíso de mis amores, había... una morrocotuda mesa de juego.

Hice grande reverencia, fingi buscar en mi bolsillo, no hallé mi cartera, dije que me la habían robado en aquellos salones y... del zafarrancho que se armó no ha habido memoria hasta lo de Santiago de Cuba según verá el lector pacientísimo en el capítulo siguiente.

CLAUDIO UGENA



La soberbia despechada.



En el baile. — Mariposa en traje de gala.



Nora

I

Y al reirse, aquella muchacha de sonrosadas mejillas, enseñaba dos hileras de dientes pequeñitos, blancos y limpios como de pura nieve de la montaña; retozábale la alegría en el cuerpo y se reía á todas horas como una loquilla, y la cascada de alegres notas de su risa, hiriendo el oído agradablemente, llegaba al alma inundándola de algo inexplicable y gratísimo.

Agil, esbelta, de ojos negros, rasgados y brillantes, de boca pequeña y graciosa, era imposible verla sin sentir vehementes deseos de dar en tan linda cara besos cariñosos hasta hacer sentir á la niña estremecimientos de puro cariño.

Tenía doce años y era conocida en la parroquia por el nombre de Nora.

Nacida y criada en la montaña, apenas tuvo otro trato que el de sus ancianos padres, y, sin embargo, ya sabía «poner en juego» los hermosos ojos cuando se encontraba á Juanín, muchacho guapote y robusto, criado como ella en los riscos, apacentando ganado, y como ella, ágil, joven y lleno de vida.

Se conocieron de rapaces, cuando él iba vestido con calzones viejos llenos de remiendos, con chaquetón que le llegaba á las corvas, sujeto á la cintura por vieja correa, completando su pobre traje casquete grasiento que fué en sus principios boina. En cuanto á ella, no le aventajaba mucho en indumentaria.

Simpatizaron y al primer encuentro siguieron otros que no fueron casuales.

Cierto día del mes de Abril encontráronse como de costumbre. Ella iba cantando y su voz fresca y armo-

niosa alegraba las soledades del campo. Saltaron y corrieron como locos: él por coger las primeras florecillas que brotaran de la madre tierra; ella por ponerlas en la cabeza con coquetería. Ya cansados y sudorosos sentáronse á la sombra de los altos castaños. Brotaba á sus pies fresca y clara fuente y Juanín tuvo una idea que apenas se le había ocurrido en la vida: la de lavarse la cara. Y ¡cómo le gustaba la frescura! Se chapuzó de lo lindo, secándose después con el delantal de su compañera.

Nora le miró con extrañeza. Aquel muchacho era guapo: daba gozo verle con su cara limpia, sonrosada y fresca; y así se lo dijo, mientras con su pequeña mano se esforzaba en arreglarle su pelazo inculto y rebelde. Juanín sintió estremecimientos desconocidos y agradables; saboreaba las caricias de Nora con puro deleite y se sentía feliz. No recordaba haber sido nunca acariciado de aquella manera y su pecho se ensanchaba y palpitaba su corazón con fuerza extraordinaria. Sólo desde pequeño, sirviendo á un amo, desconocía por completo el sabor de las caricias.

Aquella tarde se separaron después de la hora acostumbrada, y volvieron á reunirse todos los días; Juanín, cuidando siempre de lavarse bien la cara y vestirse todos sus andrajos con el mayor esmero posible; Nora, loquilla, juguetona y alegre.

Fué pasando el tiempo. Ella cumplió los dieciséis años y él los dieciocho.

No iba ya Nora á apacentar sus vacas, pero no por eso dejaba de ver á Juanín, que no desperdiciaba oca-

sión de pasar por el casuco que le servía de vivienda, situado en la falda de la montaña

Nora seguía siendo la misma chiquilla vivaracha y alegre, sonriente siempre y siempre encantadora. Juanín había ganado no poco en indumentaria. Ya no vestía los andrajosos trapos que siendo rapaz le diera su amo sacados de no se sabe qué rincón. Estaba hecho un hombre, gallardo y bien proporcionado.

Al amanecer de un domingo de Febrero, Juanín llegó á los alrededores de la casa de Nora. Esta, al notar su presencia, se dirigió apresuradamente hacia él. Le extrañaba mucho verle por allí tan temprano. No le esperaba hasta por la tarde.

El dijo que tenía que marchar á la ciudad aquel mismo día, porque era quinto y el sorteo iba á verificarse.

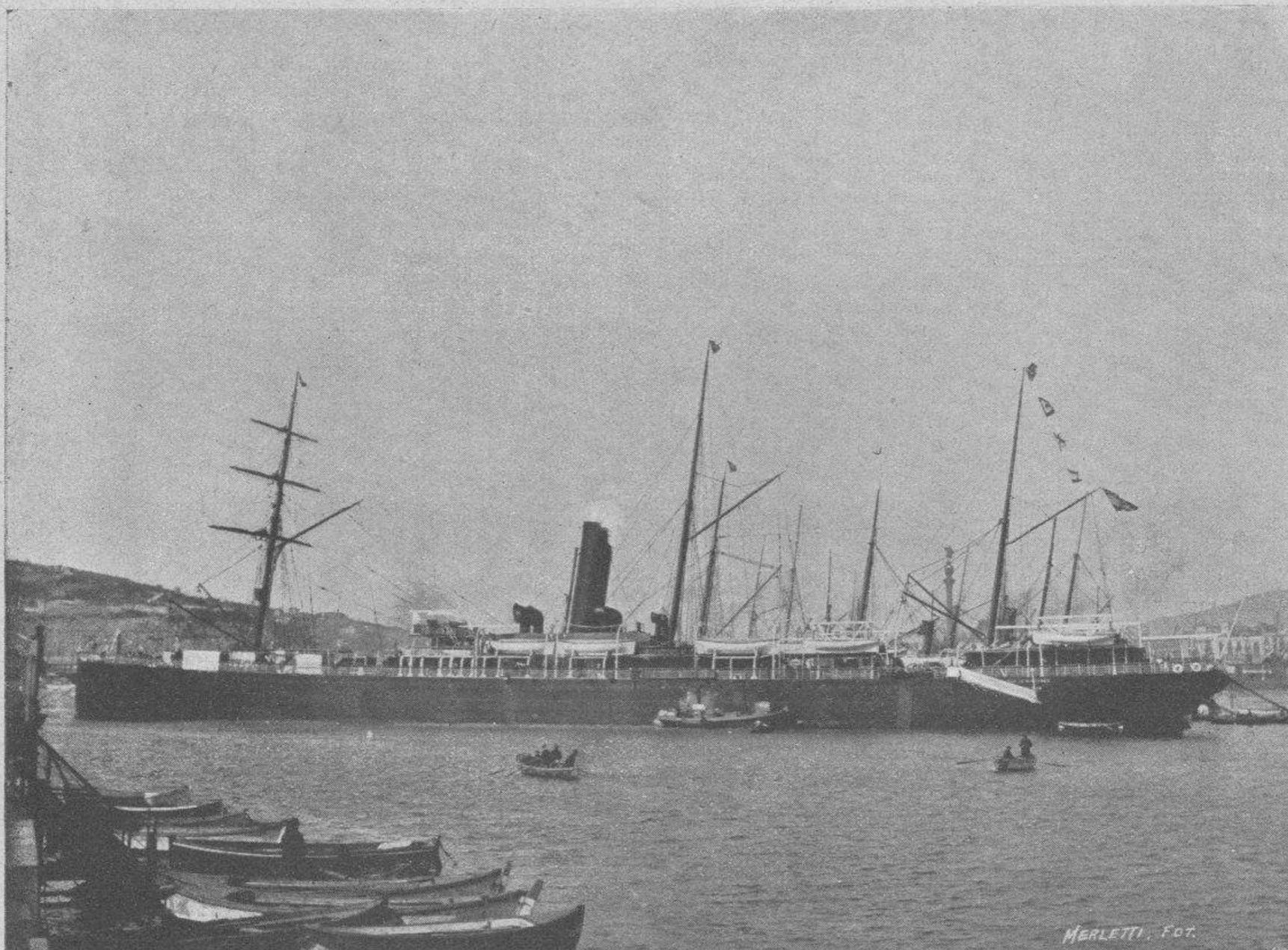
—¿Y qué es eso?

Juanín añadió, que como tenía dieciocho años y había guerra, según decían le tocaba ser soldado un año antes.

No quedó muy satisfecha de la contestación. Lejos de toda sociedad, viviendo siempre en el campo, sin más trato que el de sus padres y Juanín, no entendía una palabra de todo aquello que le contaba su novio. Este tuvo que explicarle, á su manera, lo que entendía por todo aquello: — Si le tocaba en suerte, no había remedio. Tendría que mar-



Oriental.



Vapor «Isla de Mindanao», echado á pique en Cavite.

char á incorporarse á un regimiento. Allí le darían un fusil, le vestirían de soldado y le harían caminar por esos mundos de Dios á caza de hombres que eran enemigos *suyos*.

—Yo no quiero que seas soldado.

—¿Y si me toca?

—No vayas.

—Es que dicen que si no va uno, le meten en la cárcel y de allí le llevan también á ser soldado.

No contestó Nora. Sintió opresión inexplicable en su garganta, á sus ojos se agolparon las lágrimas y desconsoladamente lloró.

Jamás por su imaginación pasó la idea de que pudiera llegar un día de amarga separación; quería á Juanín con todas las fuerzas de su alma virgen y presentía instintivamente una vida de desconsoladora angustia si se separaba de su compañero. Ella, que no podía pasar mucho tiempo sin verle, ¡le iba á perder ahora para siempre!

Juanín buscaba inútilmente palabras capaces de consolar á su querida Nora. Al contemplar su desconsuelo, él, que no la había visto nunca llorar, sintió que también le faltaban las fuerzas. Con el brazo derecho apretaba nerviosamente la cintura de Nora, y con la mano izquierda le cogía la barba haciéndole mirar hacia arriba, sin darse cuenta exacta de su situación.

Por la carretera pasó un grupo de hombres cantando alegremente. Con ellos debía marchar Juanín. Eran quintos como él.

Esto vino á recordarle que no podía detenerse más. Apretó convulsivamente la cintura de Nora y dió un beso largo, muy largo, en aquella boca adorable.

Tardaría poco en volver... Dos días.

Y echó á correr, llorando insensatamente y volviendo la cabeza á cada paso.

A poco se unió á sus compañeros, ocultos ya por un recodo de la carretera.

II

Crujen los añosos castaños azotados furiosamente por el viento. A gran distancia se oyen los impotentes bramidos del hinchado mar. El chasquido de las olas, al romper en los altos peñascos, es estruendoso. El cielo cubierto de nubes anuncia una tarde sin crepúsculo.

Nora de pie, sin hacer caso del viento que juega con su falda, mira con ansiedad hacia la carretera. En sus ojos, brillantes siempre, se ve roja aureola, señal de amargo y continuo llanto. Hace dos días que Juanín salió para la ciudad; dos días en los que su sueño ha ido acompañado de penosas pesadillas; en los que ha sentido no ser hombre como Juanín y como él ser quinto y correr la misma suerte; dos días en que no ha cesado de pensar en una separación larga, muy larga, tal vez interminable!

Nora escucha atentamente. El viento le trae murmullos de multitud cada vez más perceptibles. Un grupo de hombres se aproxima y corre ansiosa. — ¡Allí debe venir!

Pronto se encuentran, se abrazan, se confunden... Ella llorosa llena de ansiedad; él agitado, convulsivo, aprieta nerviosamente aquel cuerpecito adorable, echando de menos las alegres y sonoras carcajadas de otros días.

—¿Y qué? — gime Nora temiendo la contestación.

Ha tenido mala suerte: le tocó el número cinco, y

como es fuerte y robusto y como no tiene dinero para «librarse», tendrá que marchar pronto. Para no ir á la guerra, á aquella caza de hombres que eran enemigos suyos sin él saberlo, se necesitaban muchos duros: ¡300! Los que él no vería juntos en toda su vida.

A aquel amargo día, siguieron otros no menos tristes, y otros después.

Cuando se encontraban no sabían separarse: uno y otro hubieran querido hacer eternas las horas.

Los cuatro últimos días sobre todo, pasaron con vertiginosa rapidez. En más de una ocasión se olvidaron de sus desgracias y se sintieron felices con la arro-

badora felicidad de la posesión mutua. Porque Nora era de Juanín, y Juanín de Nora. El llanto amargo engendró las tiernas caricias que despertaron bruscamente aquellas dos naturalezas agobiadas bajo el peso de la desgracia. Y se entregaron el uno al otro sin reserva, sin lucha, ansiosos de ahogar sus penas en un raudal de dichas desconocidas. Los querían separar y ellos se confundían formando un solo ser, olvidándose de todo: amándose salvajemente.

Aquel idilio fué interrumpido por la fatalidad, en forma de sargento que, acompañado de algunos soldados, iba reclutando quintos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

María-Pepa

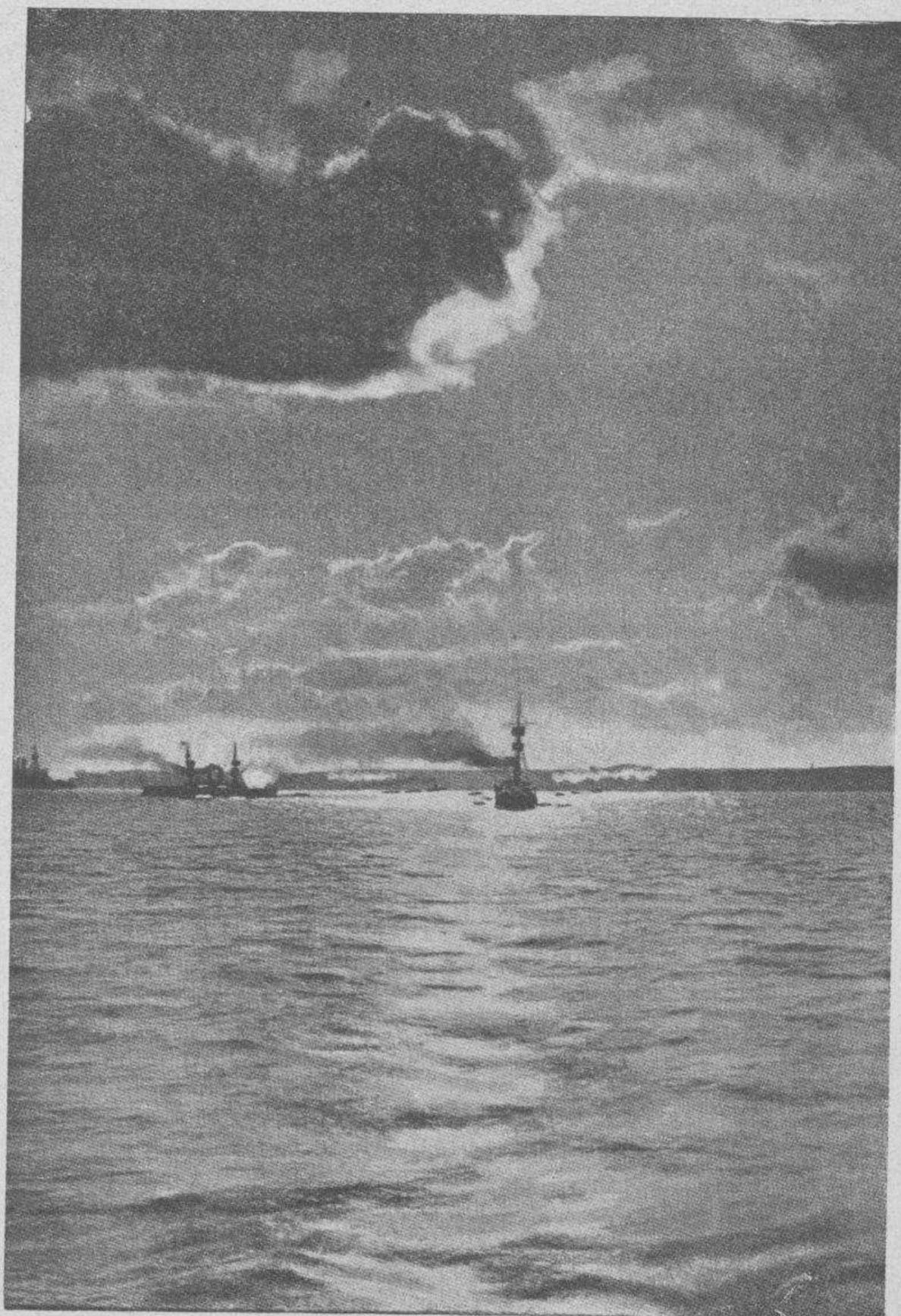
II

El enfermo sanó... la curación fué un tanto rápida, y no supe si achacarlo á la influencia del clima ó á la tranquilidad envidiable que Enrique disfrutaba en aquellas regiones. Poco más de veinte días

llevaba Enrique al arri-mo de aquellos montes, cuando me escribió diciéndome con ese gracejo especial de su palabra: «el músculo ya no solloza, ni sangra, ni punza: me he vestido de azul por dentro: la alegría de este cielo claro y trasparente ha penetrado en el alma...» Algún tiempo más tarde supe que se había enamorado de María-Pepa, del hada gentil de los campos, como en su fantaseo eterno se aventuró á describirme. Pero lo que me sorprendió, á pesar de conocerle á conciencia, fué el anuncio de boda y la premiosa invitación al padrino, que me dirigía á los tres meses escasos.

Lo del enamoramiento no era de extrañar: dado el carácter novelesco de Enrique; la imagen de la aldeana había de estamparse poderosamente en la retina, y herir, por un efecto de espejismo psicológico, las fibras más sensibles de su corazón. ¡Pero caminar con tanta rapidez al desenlace! ¿Cómo había vencido los obstáculos materiales, que forzosamente presentaba la realidad, esto es, la parte práctica de aquel loco cariño? Enrique estaba acostumbrado á vivir de ensueños y temí que mi amigo cometiera una solemne majadería. Sin embargo, mis consejos no lograron otra cosa que irritar su pasión; de sobras me lo sabía, pero lo intenté porque creí que era mi deber hacerlo.

Lo particular del caso es que María-Pepa consintiese en casar con Enrique; no sé cómo se las compuso mi amigo para hacerla su prometida, ni



Intento de desembarco de tropas americanas en la costa de Santiago.

La Saeta

cómo se las arregló la rústica labriega para no despertarle los sentimientos al bobalicón ¡de Enrique durante el noviazgo; porque él le hablaba un lenguaje que ella no entendía, aunque le escuchaba con la boca abierta, y á veces con el arrobamiento con que se escucha una música agradable; yo sé que decía hablando de su novio: «tengo un ruiñeñor que me regala las orejas» y esta era toda la impresión que el hombre á quien iba á unirse le había producido.

Dos meses escasos habían transcurrido, y ya Enrique declaró con apasionado acento á su prometida que su amor no se contentaba con medias palabras, ni con sonrisas, ni siquiera con besos... El enamoramiento estaba en el período álgido de la pasión. María-Pepa le miró con los ojos muy abiertos, mitad curiosos, mitad asombradizos, se encogió después de hombros y acabó por reirse como una loca. Fué, por tanto, preciso entenderse con la viuda, y arreglar con ella esas *nonadas* materiales del desposorio.

La boda fué una realidad al cabo. Un día de fiesta al romper del alba caímos como una bandada



En el baile. -- Postura final.

alegre de gorriones sobre la iglesia del pueblo; en la comitiva éramos doce, y no pocos de los gañanes que habían acudido impulsados por zafia curiosidad á la ceremonia, suspiraban *hondo*, dirigiendo miradas de través á Enrique y golosas si las hay á la novia. ¡Oh! María-Pepa estaba hermosa de verdad; vestía unas faldas de fay negro, y un corpiño de raso, negro también, regalo de un rico señorón de la comarca; en el cuello lucía una gargantilla, y sobre la cabeza una mantellina blanca tejida en las fábricas de Almagro, que Enrique conservaba como un recuerdo de tiempos mejores... De regreso Enrique estrechó la mano de la desposada y exclamó en voz muy baja, pero muy dulce:

—Hoy está más alegre el cielo.

—Si que lo está —repuso María-Pepa, al mismo tiempo que esquivaba los ojos y se le arrebolaban las hermosas mejillas. Fué quizás la única ocasión en que comprendió á Enrique.

Es claro que Enrique tenía que volverse á Cataluña, y que por tanto, debía seguirle su mujer; pero á Enrique se le antojó que María-Pepa no había de ser en la ciudad lo que era en el campo, esto es, una labriega, y pensó en educársela. Convinieron en llevar un par de meses más la propia sedentaria existencia, en tanto que Enrique procuraba inculcarle los hábitos y las maneras de una señora.



— Si vienen los yankees monto y... ¡zas! ¡A cualquier hora resiste una bicicleta el bombardeo!



Turquía. — Una fiesta en los jardines del Harem.

¡Qué transformación, virgen santa! ¡Y cuán sin tino ni mesura la llevó á cabo Enrique! Por lo pronto María-Pepa no fué más con su cesto de legumbres al mercado público: la viuda tuvo que confiar este cuidado á un mozo de labranza. La joven se levantaba mucho más tarde que el sol y se entretenía una hora larga, por consejo de su marido, en alisarse el cabello y componerse; después ambos tomaban por aquellas veredas y vericuetos, hablando, cada uno en su estilo propio, de amor y sin entenderse la mayor parte de las veces... y se enfadaban, y reñían... Pero un apretón de Enrique contra su pecho y un beso apasionadísimo en los rojos labios de la aldeana convertían en juego y risas todo el enfado.

María-Pepa tomó también por lo serio el papel de señora: sólo que, ignorante é inocente como era, formóse una apreciación engañosa del nuevo aspecto de su vida: figurósele á ella que había de andar gravemente, y llevar siempre fruncido el entrecejo y hos-

co el semblante; creyó que debía responder esquiva á todas horas y dar una entonación pura á cada una de las voces; y lo que es más triste aún, desarrollósele en tan alto grado la vanidad, el orgullo y el sentido de la opulencia, que era de ver la prisa que se daba en engalanarse y ataviar sus exóticas vestiduras, y en afear con grotescos perifollos su gracia natural y su natural belleza.

Y como Enrique, en fuerza de ser buenazo, resultaba alguna vez tonto de capirote, á la postre tuvo en María-Pepa la mujer más insulsa y extravagante que se puede imaginar sobre este endiablado mundo; el genio de la joven se hizo insufrible; la tranquila morada de la viuda se convirtió en infierno: de quisquilla en quisquilla acabaron por amotinarse, y mientras la pobre mujer, con lágrimas en los ojos, llamaba presuntuosa á María-Pepa, ésta afeaba á su hermana la rustiquez y la baja condición de su existencia. Enrique mismo, no se veía libre de las intemperancias de su señora, y raro era ya el día en que salían juntos á vagar por el campo; siendo, por lo contrario, muy frecuente que mi amigo tomase la escopeta al salir del sol, y no volviese de la caza hasta muy entrada la noche. ¡Qué á tan triste resultado conduce á menudo el endiosar de repente á un plebeyo, si no se tiene la precaución de llevar la señoría antes al alma que á los sentidos!

J. F. LUJAN

Soneto.

Son las dos de una noche muy obscura;
los faroles están medio apagados;
los balcones se ven todos cerrados,
y es todo soledad, todo tristura.

Del sereno la voz triste é insegura
á los valientes deja anonadados,
y al ver varios fantasmas recatados
se erizan los cabellos de pavura.

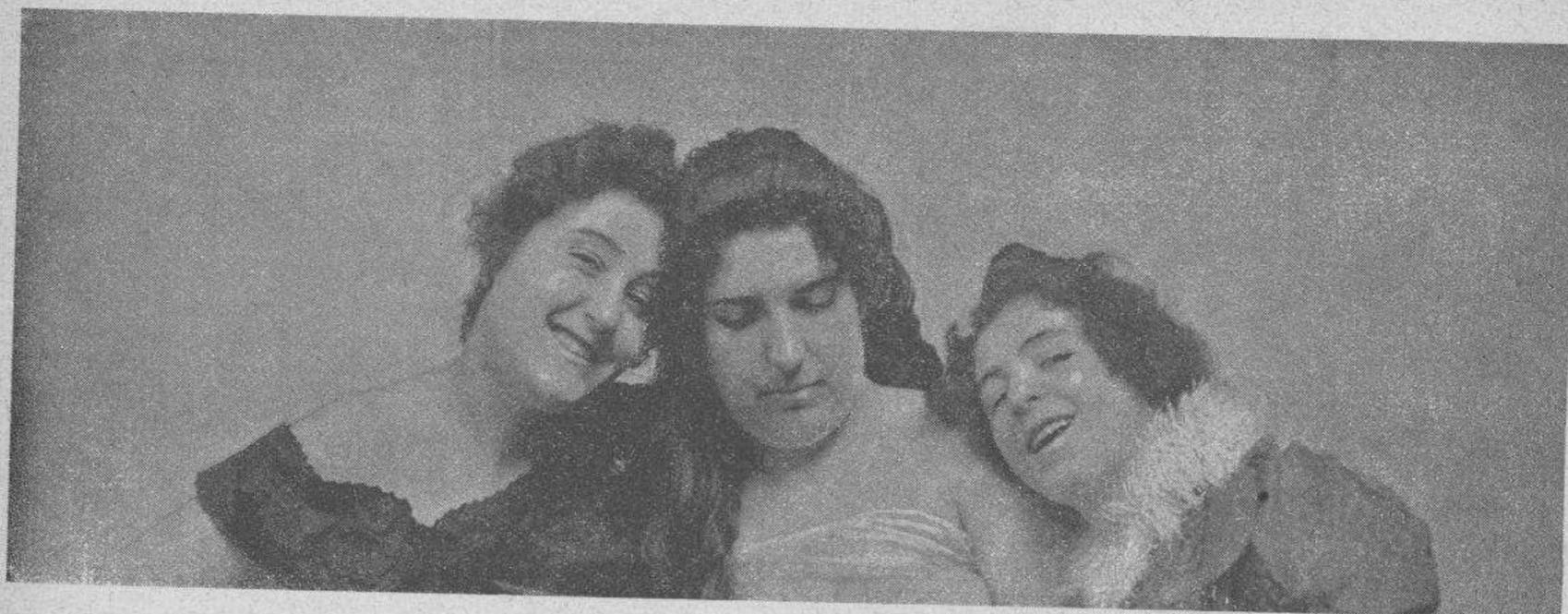
De pronto en un balcón, luz misteriosa
se ve lanzando tibios resplandores;
¿será alguna aventura pavorosa?
¿estará un asesino haciendo horrores?
—Es que una señorita muy hermosa,
á su cuarto se va en paños menores.

ANGEL DE LA GUARDIA

Ilusión y desencanto.

En el Prado te vi un día
¡ay, María!
y rendido á tus hechizos
amarte siempre juré;
no conté
con los polvos y postizos.

Después en tu gabinete
vi blanquete,
trapo, algodones y... más;
de mi ilusión disperté
y juré
no volverte á ver jamás.



Diario de una casada

(Continuación)

Junio, 6. — He pasado estos días en un estado de nerviosidad indecible: una idea fija, un recuerdo que en vano procuro apartar de mi mente, me han tenido sumida en una inquietud moral que por momentos inundábame de tristeza y agolpaban las lágrimas á mis ojos. Y á esa melancolía sucedían luego una irritación contra mi misma, un mal humor... cuya primera víctima era mi inocente esposo.

—Pero, ¿qué te pasa, hija mía? ¿qué te sucede? — me preguntó anoche. — Desde dos días á esta parte estás no sé como... ¿te sientes acaso enferma?...

Confusa, avergonzada, le contesté que me dispensara; que, en efecto, sin estar enferma, sentíame sobreexcitada, nerviosa.

Esta mañana, para combatir mi *spleen*, me he puesto á trabajar de firme. Precisamente el ebanista acababa de traerme un soberbio armario de palo de rosa de un nuevo modelo, regalo de boda de mi tío Jorge, que hasta ahora no se ha acordado de pagar su deuda. He querido colocar en el flamante armario toda mi ropa blanca que tenía en el viejo, y de pronto, en el fondo de un cajoncito, he encontrado una fotografía.

¡Cómo se ha puesto á temblar mi pobre corazón!... ¡Y qué angustia me ha dado al tener que confesarme á mi misma que ciertos recuerdos viven, cuando los creía ya definitivamente muertos!...

Pero he querido ser valerosa, y después de encender la lamparilla de espíritu de vino, he cogido con mano trémula el retrato y... no he tenido ánimo para concluir la operación: cuando la llama retorció la cartulina con leve chisporroteo, parecióme que la imagen lanzaba un doloroso y apagado gemido. La he soltado, y al recogerla luego del suelo, medio carbonizada, pero con la faz casi intacta, no he podido contenerme más y he prorrumpido en llanto.

Junio, 9. — Querer es poder. Gracias á Dios he recobrado la tranquilidad de mi espíritu, el equilibrio de mis nervios y ahora



—Mira el marqués, todo se vuelve ojos.

—La moda de recoger el vestido dejará ciegos á los hombres.

me reprocho severamente los pasados accesos de debilidad.

Y por cierto que no podía venir más á tiempo esta reacción saludable.

Esta tarde — era hoy mi día de recibo — tenía el salón casi lleno, cuando ha asomado mi prima Juanita. No hacia cinco minutos que habia empezado á charlar con las de Linares, Vera y otras personas, cuando la he oido de pronto alzar su vocecita agria y destemplada para decir:

—¿A que no saben ustedes con quien eché un párrafo anoche en el Lirico? Pues con Fernando, el valeroso capitán, de regreso de Cuba. Según he oido decir, se portó heroicamente en tres ó cuatro combates: ha sido herido dos veces y le han dado, además de un grado, dos cruces. Pero el pobre ha vuelto perdido... trae de allá una cara que da lástima. En fin, puede que se restablezca aquí con los aires de la patria; pero no sé... me da muy mala espina el aspecto de ese infeliz.

Y al decir esto, todo se le volvía á mi primita lanzarme miradas llenas de malignidad, miradas de vivora.

De lo que es.

Pero se ha fastidiado. Estoy segura de haber guardado mi impasibilidad, aparente cuando menos: y sin turbarme he proseguido disertando con la baronesita del Tierzo sobre

el lindisimo traje que lucia el domingo en las regatas.

Junio, 12. — Son cerca de las dos de la madrugada. Pepe duerme como un lirón. Me sentia tan desvelada que me he levantado de la cama y me he puesto á trazar estas líneas.

Hemos pasado la noche en el concierto. Concierto clásico: Beethoven, Schumann, Mozart, Bach; una delicia de tres horas, que he pasado con el alma sumida en un encanto indecible. Me enorgullezco de sentir esa música; de sentirla con sinceridad, espontáneamente, sin esfuerzo alguno.

En cambio, y mientras la orquesta ejecutaba la maravillosa sinfonia novena de Beethoven, mi señor esposo ha empezado á cabecear y... de pronto se me queda dormido.

—Pero, hombre — le he dicho, tocándole bruscamente con el codo — no te duermas... esto es ponerse en ridiculo.

Y él, ahogando un bostezo é incorporándose en su butaca, me pregunta con aire de profundo aburrimiento:

— Dime, ¿á ti te interesa de veras eso que tocan?

—¡Que si me interesa!... ¿pero es posible que preguntes tal cosa?

—¡Vaya!... no te hagas la sabia: esa música será muy buena, no lo dudo; pero á mí

que me den la *Cavalleria rusticana* y *La Verbena de la Paloma*.

De buena gana le hubiera dado un abanicazo en las narices. Creo que si me llega á decir esas cosas antes de casarme... no me caso.

(Continuará.)

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

CUENTO

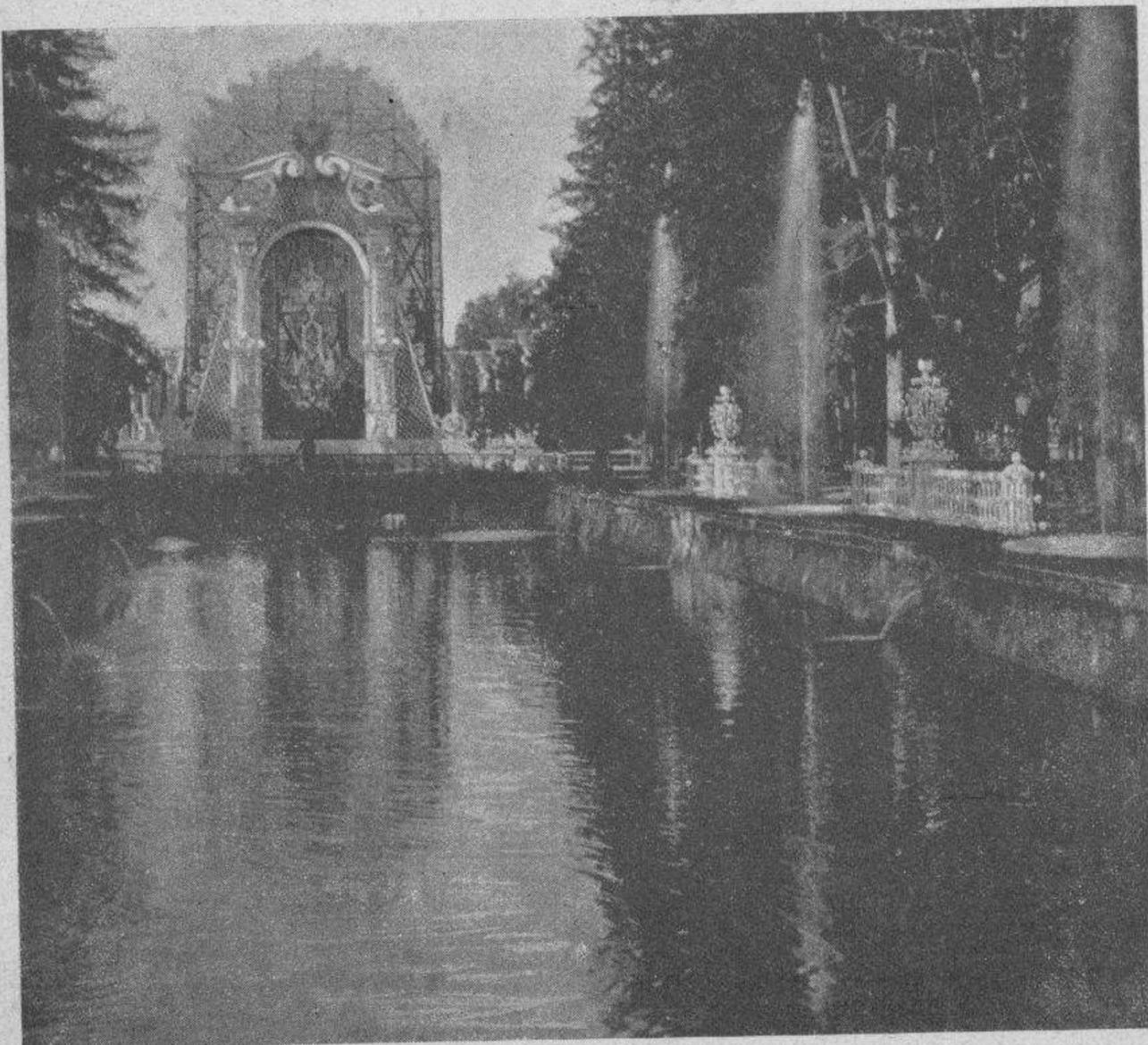
Un hombre joven y robusto se acercó á uno que pasaba deprisa por cierta calle.

—Señorito, una limosnita, por Dios.

—Hombre, me parece usted fuerte, ¿quiere trabajar?

El pobre, con cierta dignidad ofendida, contestó:

—¡Caballero, yo no pido trabajo, que pido limosna!



Parque de Peterhof (Rusia).



En los baños. — Preparándose para el remojón.

Los perdis

INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en materia quiero explicarte, amable lector, lo que es el *perdis*.

La palabra es nueva, la idea vieja.

Perdis fué primero abreviatura de *perdido*, después ha llegado á ser su complemento.

Un perdido es simplemente el hombre que lo ha *perdido* todo, hasta el honor; el *perdis* es un hombre que ha perdido la vergüenza y las ganas de trabajar, pero que está todavía en el estado de recoger velas y retirarse salvo del torbellino de la vida.

Es como el crepúsculo de la honradez, que lucha con las primeras sombras.

No encontraréis la palabra en ningún diccionario; pero la oiréis en todos los círculos donde haya hombres experimentados.

EL PERDIS LITERARIO

Ser eminentemente rebelde á las leyes de la moda y en perpetua lucha con las reglas de la etiqueta. Algunas veces se limpia y se pone sombrero de copa.

El día para él es sólo un paréntesis. La sombra que envuelve sus pensamientos y su dormitorio no ha podido traspasarla aún mirada alguna.

¿Está empadronado? ¿Tiene patrona? Misterios son.

Sus botas están siempre lo mismo. Pasan días, meses y años; el polvo las cubre de la misma manera, y la suela parece que se burla del tiempo.

Su existencia se desenvuelve en un círculo de doscientos metros al rededor del café.

En los días de fiesta desaparece, porque huye del bullicio popular, rindiendo culto á sus principios estéticos.



La sesión borrascosa en que se pidió la muerte de Luis XVI.

14 de Julio.

Llevan los franceses más de un siglo en el recuerdo del 14 de Julio, fecha gloriosa para los amantes de la justicia, fecha infausta para los déspotas, para los favoritos de un trono que vivía á la sombra de los despilfarros, para los lacayos aristócratas, que despreciando la miseria honrada de la plebe, acataban la riqueza de una corte manchada por la depravación.

Tomó pie la República francesa de tal efeméride para instituir su fiesta nacional, y lo hizo queriendo dar á Europa prenda de su amor al progreso y de sus sacrificios por la paz que ha de atarnos á los hombres libres en nuestra peregrinación, camino de la luz.

La epopeya gloriosa del 93, tuvo su principio en la

toma de la Bastilla. Esta primera victoria llenó de oprobio y vergüenza á los tiranos. Triunfó el pueblo; la corte fastuosa de Luis XVI desapareció maltrecha por el empuje popular, y aquellos salones suntuosos, en los que brillaban damas y caballeros, fueron hollados por la turba.

Con ser tal fecha memoria de hechos tristes por lo sangrientos, no es símbolo de trastornos ni de injusticias. Francia no arrojó entre los europeos la tea encendida de la discordia; y pasando por las más grandes convulsiones, recobró su equilibrio, sujetó con mano fuerte todas las liviandades y todas las concupiscencias, saltando del Terror rojo al Terror blanco, de la

Hace versos, escribe comedias y devora bacalao á la vizcaina, creyendo que come trufas. Su gusto está formado, su opinión es invariable. Si le preguntáis por los escritores que os gustan, le veréis fruncir el ceño, y en seguida os recitará algunos versos inéditos de su cosecha.

Así vive algunos años; un día, si tiene talento, escribe una obra que le abre todas las puertas; si no, desaparece misteriosamente.

EL PERDIS DEL AMOR

¡Ah, yo le he conocido, le he tratado, me ha hecho confidencias originalísimas! Su instrucción es muy limitada, el pobre se desespera cada vez que tiene que escribir una carta.

—Necesito de usted, — me dijo una noche.

—¿Qué ocurre?

—Dígame usted. ¿Se dice *méndigo* ó *mendigo*?

—Mendigo.

—Muchas gracias. Tengo que hablar de esto en la tertulia de esta noche y no quiero que se rían de mi.

He aquí todo lo que le preocupaba... Si él hubiera entendido algo, si supiera hacer versos se juzgaría dichoso.

Tiene una lista de todas las solteritas con dote y de las viejas más ricas.

Viste con elegancia y muy limpio: todo su lujo lo debe al amor. Hace veinte años que vive de lo mismo.

Ha tenido sus épocas de desgracia. Un día no tenía medios para lavar su chaleco blanco, que era huérfano, y bajó al río. Allí empezó á trastear con las lavanderas más guapas y por broma hizo que le lavaran el chaleco. Cuando subió se trajo dos *chalecos*, el suyo y la lavandera.

Ha conseguido muchos triunfos y no poco dinero, pero no se ha podido casar.



Prisiones del Temple en el período álgido de la revolución francesa.

más honda desgracia á la más terrible amenaza de anarquía, para dar, á la postre del siglo, alto ejemplo de lo que pueden ser las naciones viriles, que no se sientan á llorar sobre sus ruinas, sino que sacan empuje de su propio infortunio con qué reconstruir la nación nueva y alientos con qué sostener la labor incesante y regeneradora.

Y Francia ha conseguido fortalecerse, apagando todos los recelos y todas las antipatías de la vieja Europa.

Poco antes que esta conmemoración, ha sobrevenido la de la independencia de los norteamericanos; están en un mismo mes frente á frente las dos Repúblicas.

La de Europa ha dejado rezagada este año á la del nuevo Continente en su amor por la humanidad; porque el último ha degenerado en conquistador, cuando los tratados tienen proscritos los derechos de conquista, y contra un pueblo glorioso, noble, inmenso, en la inmensidad de las grandezas, á quien debe toda su savia, toda su cultura, toda su civilización, toda su fortaleza.

¡Oh, si la fecha del 14 de Julio francés, nos sirviera para devolver á los yankees el guante que nos han arrojado el 4 de Julio norteamericano, aprovechando la memorable enseñanza de nuestros hermanos en raza latinal



—¡Si me pongo yo el gorro marcial y grito Santiago y cierra España!

EL PERDIS DEL JUEGO

Se ha visto muchas veces en el apogeo de su carrera, pero jamás sin trampas.

No puede vivir fuera de esa atmósfera envenenada, donde aparecen y desaparecen las fortunas como por encanto.

¡Cosa rara! Algunas veces lleva brillantes en la camisa, pero siempre va con las botas sucias.

EL PERDIS CALLEJERO

No tiene oficio conocido, no se dedica á nada ni se le ve jamás bajo techado.

Vive en la calle, el aire lo peina, la luz le sirve de alimento.

Una particularidad de este *perdis* es la de que no se deja la barba y jamás se le ve afeitado.

Creo que el día que se afeita se esconde hasta el siguiente.

SÍNTESIS

De otros muchos casos se podría dar idea, porque la variedad es infinita.

El *perdis* tiene conocidos íntimos, sus favorecedores, en todas las esferas oficiales; pero nadie le ha conocido un amigo ni un perro.

¡El buen *perdis* no parte con ser alguno el pan de los otros!

LUIS RIVERA

¿ Por qué ?

Rodaba el sol en silenciosa tarde coronando las nubes del espacio, gorjeaba el jilguero en la floresta, murmuraban las aguas cristalinas del arroyuelo azul; añosos árboles meciéndose á favor de fresca brisa formaban los murmullos deliciosos que se asemejan al batir de alas de celeste querub; todo lo grande, todo aquello que llega á lo sublime y hace que el alma humana se remonte hasta llegar á Dios; lo que el poeta jamás pudo soñar, vi ante mis ojos cuando te contemplé por vez primera.

Cual ave que despierta con la aurora entonando ese cántico sublime, que alegra al antes silencioso valle, llamando á su sencilla compañera, así cantabas alegrando el campo.

Lleno de amor sintiendo mil angustias hacia ti me acerqué, hallar creía un algo inmenso de eternal grandeza, raudales de placer que me embriagaban.

Una sonrisa que asomó á tu labio me hizo entrever un cielo de ventura. Prendiste llama grande y sacrosanta en mi amoroso pecho ¡Cuán dichoso con sólo ser tu esclavo me sentí!

Te di mi corazón; más tarde supe que eres igual al engañado arroyo que bajo su corriente cristalina lleva el cieno asqueroso que envenena.

Me dijeron que vendes tus encantos y ¡aquello era verdad! Corrí hecho un loco llevando el alma de dolor transida...

Paso la vida terco é insensato en lucha colosal con mi amargura; quiero olvidarte y siempre tu recuerdo me persigue tenaz. Desesperado reniego de mi vida... ¿Por qué el cielo no te hizo angelical, celeste, pura?

No me hubiera cansado de adorarte y ante ti hubiera muerto de rodillas.

RUILOP

¡ Virtudes de los yankees !

Ayankisémonos, que diría un periódico diario que ha inventado la palabreja. De hoy en adelante, no se moverá la hoja del árbol sin la voluntad de Mac-Kinley. Acatemos, reverenciemos y adoremos á los yanquis. De ellos ha de salir la corriente vivificadora que destruya los miasmas *pútridos* que corroen las entrañas de la vieja y caduca Europa, corrientes que se manifiestan bajo aspecto diverso y amenísimo, ora en forma de emulsión Scott de verdadero aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos, ora en figura de rábano yodado, ora en píldoras purgantes de pancreatina, ora simbolizadas por inventos prodigiosos y sorprendentes, ó por explosivos eficaces y de resultados magníficos.



El yanki es el conjunto de todas las perfecciones, la reunión de todos los bienes sin mezcla de mal alguno.

Nosotros, los del antiguo continente, tenemos mucho que aprender de esos modernos redentores del mundo.

Su sistema de colonización supera al nuestro.

«Zapatazo y tente tieso» es la divisa que ostentan en sus banderas. Ahí están ó estuvieron los señores pieles rojas para atestiguarlo.

Son pueblo libre, libérrimo y liberto.

Practican los preceptos sublimes del evangelio, metiendo filosóficamente las manos en los bolsillos del pantalón y encogiéndose de hombros ante la desgracia de un semejante.

«Al prójimo contra una esquina y el que venga atrás que arree.»

¡Oh pueblo circunspecto, circunciso y cirujano!

Desde los felices tiempos del místico lord Baltimore, ejercen la justicia al aire libre, sin necesidad de jueces, escribanos ni procuradores.

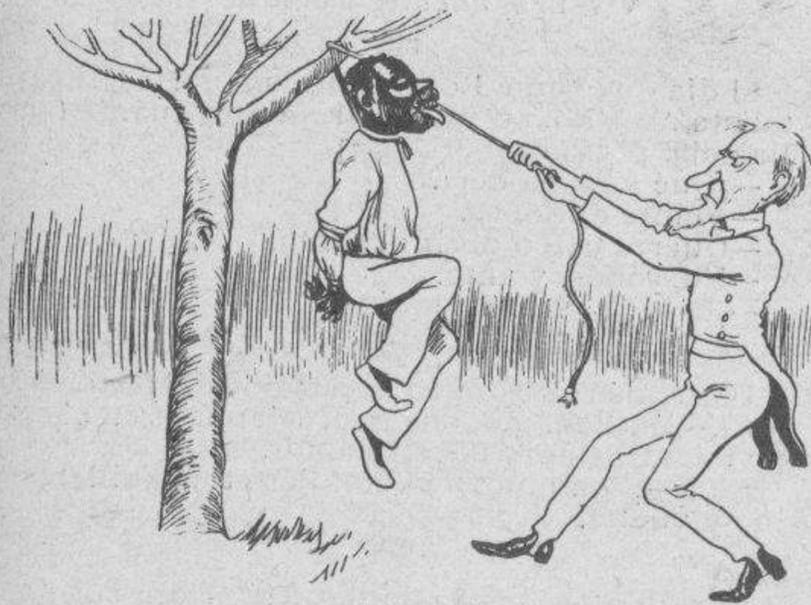
Protegen á los hombres de color, chupándoles la sangre, linchándolos

bonitamente para más tarde vender sus cuerpos en calidad de mojama. Como efectivamente lo verifican.

Todo lo cual, no obsta para que sean aficionados á lo ajeno, y se dediquen á limpiar al género humano, con la destreza de un hábil discípulo de Caco.

Lo mismo se apoderan de los buques que encuentran na-

vegando tranquilamente por sus mares, que del pañuelo sucio de un extranjero que tiene la



humorada de ir á visitar sus populosas ciudades. «Roba y te enriquecerás», exclama como Tito el menor y el Abate l'Epée.

Y con ser los ciudadanos de Norteamérica tan excelentes sujetos, no importa para que de cuando en cuando, empinen el codo más de lo regular y sientan los desastrosos efectos del amilico, haciendo la triste figura, como nuestros más selectos *curdmens*.

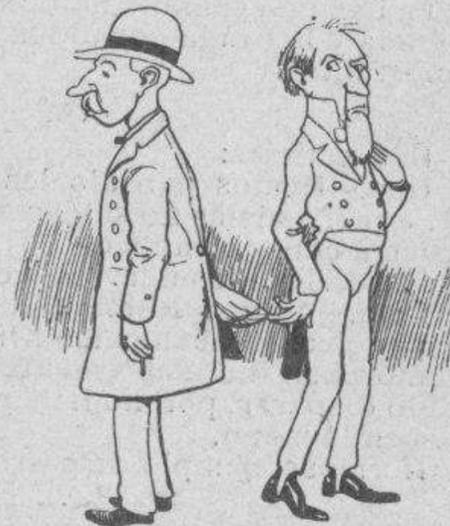
Sobre que hemos visto la prueba en más de una ocasión, como recordará todo el mundo á poco que fuerce la memoria, ya es sabido que la sobriedad yanqui raya á grande altura.

Así consta en todos los archivos alcohólicos, y además pueden dar fe los cosecheros de nuestras más ricas regiones, algunos de los cuales han degenerado en punto á fortuna, porque los de la Unión sacan otras mañas y con las mañas las uñas.

¡Cómo que en lo tocante á relaciones comerciales no tienen rival! Han hecho bueno el refrán español, y se alzan con el santo y la limosna.

De lo que se infiere, lector, que si como ha dado en decir la prensa Europea, los yanquis nos conquistan, vamos á vivir en el mejor de los mundos.

¡Sus, al yanki!



(Ilustraciones de Xauradó.)

ALTAMIRA



No me parece mal que se dé noticia y que no se descuiden por menores del desastre de nuestra escuadra.

Debe decírsenos cuanto ocurre á nuestras armas, próspero ó adverso.

Lo que creo digno de las más acerbas censuras es que algunos periódicos hayan reproducido íntegro el despacho del comodoro yankee brindando lo que ellos llaman su victoria, y no lo es ¡qué diablo! por la fiesta del 4 de Julio.

Y menos aun que lo hayan insertado sin una frase de protesta.

Tengo para mí, señores, que así como el deber del soldado es luchar por la patria y morir por ella, el deber de la prensa es otro que no entienden muchos periodistas. Luchar también por la patria, sosteniéndola, contribuyendo á reanimarla en los golpes rudos y preparando su regeneración, si Dios ha decretado que llegue el momento de la catástrofe.

La pérdida de nuestra escuadra en Cuba no supone ni el término de la guerra ni la victoria total del enemigo.

Lamentemos la desgracia, pero varonilmente. Nuestra marina y nuestro ejército han cumplido, manteniendo las honrosas tradiciones del valor español. Honremos la muerte gloriosísima de los héroes.

La nación española no puede morir, y será respetada y honrada por todos, aun en medio de sus infortunios.

Dos noticias:

Una.—Hemos perdido las Marianas cuando los de aquellas islas no sabían aún que estábamos en guerra con los yankees.

Esto crispa los nervios y clama á Dios.

Otra.—Al verificarse el desarme los soldados españoles lloraban como niños.

Lloraban indudablemente por no haberlas podido disparar, por no haber muerto con los fusiles en la mano.

Hermoso ejemplo de patriotismo y de virtud.

Gallardo mozo es Miguel,
pero su mujer no es bella,
y sin embargo, á mi ella
me gusta mucho más que él.

Decía un arriero á un labrador:

—Maestro ¿cuándo acaba usted de hacerme las herraduras de mi borrica?

—Con ellas ando.

Varios marinos que se habían insurreccionado contra el capitán del buque y lo habían arrojado

al mar, fueron presos en Cádiz y uno de ellos fué interrogado por el juez en esta forma:

—Cuando el capitán cayó sobre el puente, ¿no fué usted uno de los que se arrojaron sobre él con la navaja abierta?

—Sí, señor juez.

—¿Qué dijo él entonces?

—Me dijo: «¡No me mates, por Dios, tírame al agua.»

—Y usted, ¿qué hizo?

—¿Yo? Le obedecí.

Acabando de alquilar
una magnífica casa,
dijo á su mujer Gaspar:
—ya que no hemos de pagar,
vivamos anchos, Tomasa.

El día que supo Rothschild la muerte del capitalista Aguado, en vez de preguntar cuánta familia deja, preguntó:

—¿Qué fortuna deja?

—Veinte millones.

—Querrá usted decir ochenta.

—No, señor, veinte.

—¡Bah! ¡Y yo le creía rico!

Dos recién casados en la estación del ferrocarril:
El.—Matilde, monona mía, estaremos en el campo mientras dure nuestro amor.

Ella.—¡Con mucho gusto! Pero toma billetes de ida y vuelta.

Dos quintos se presentaron á pedir sus pasaportes.

—¿De dónde son ustedes? preguntó el comisario.

—Yo soy hijo de *Mula*, dijo el uno.

—Yo hijo de *Cabra*, añadió el otro.

—Lo siento, replicó gravemente el comisario, cerrando el libro y dejando la pluma; pero no doy pasaporte para animales.

CHARADA

Paseábame la otra tarde
muy cerca de la *tres cuarta*,
cuando se me acercó un joven
un buen *todo* de la infancia.
Me dijo:—Tú estás muy triste,
tu *prima tercia* no engaña,
¿te sucederá algo grave?...
Así que llegues á casa
métete en la *prima dos*
y verás como te calmas.
—*Cuarta* por hecho lo dicho
que en seguida pondré en práctica;
creí al *todo*, y en *prima dos*
es donde hago esta charada.

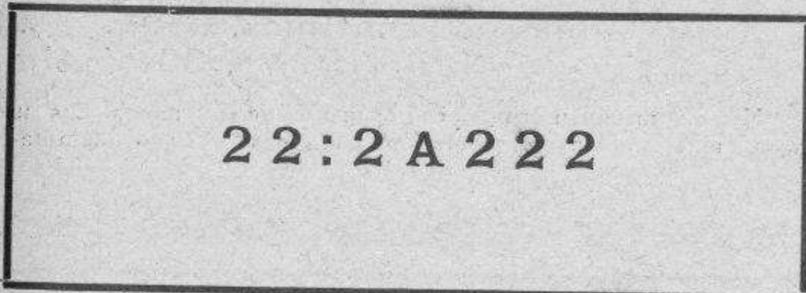
MORENO.

5.º - Tercio Silábico

Substituir los puntos por letras, de manera que se lea: 1.ª línea, vertical y horizontalmente: metal; 2.ª, cereal, y 3.ª, río de Francia.

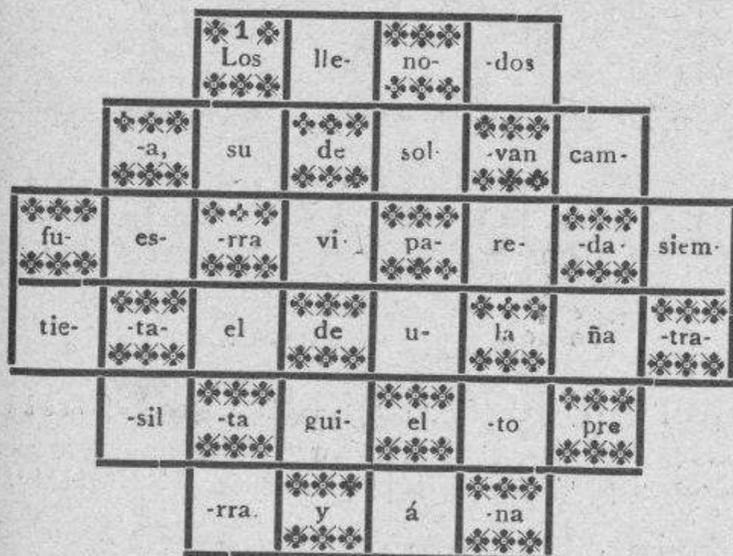
K. MARÁ.

Jeroglífico Comprimido



M. FERRÁN.

Salto de Caballo



CANDILEJA.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

ROMBOS ENLAZADOS: M T
 M A S A U N
 M A R I A T U B A U
 S I N N A O
 A U

ACRÓSTICO: Osmio
 Hierro
 Estaño
 Plata
 Calcio
 Cerio
 Cesio

JEROGLÍFICO: Trasteados.

Correspondencia

P. A. G. — Abro la primera y ¡púm!
 Del norte vienen los bárbaros
 que nos han de comer,
 si nosotros somos tan estúpidos
 que les dejemos para freir la sartén.

Inconvenientes de tratarse con los simbolistas sin haber visitado á los clásicos. ¡Qué digo clásicos! Ni las primeras letras las cursó usted con aprovechamiento.

Sigue en una especie de arranque lírico:
 A vencer valientes campeones,
 á vencer del perro yankee...

¿Del perro? No se necesita gran cosa. Prepárele usted la morcilla, que la estación es á propósito, y no la deje entre la alfalfa, no vaya usted á envenenarse.

E. L. de la O. — Dice usted, «contando con su amabilidad, me he propuesto componer unos versos», y yo correspondo á sus deseos publicando íntegra la composición « El rico y el pobre ».

« A un pobre muy lastimero
 » un señorito encontró,
 » y el señor de verlo así
 » una peseta le dió.
 » Muy agradecido el pobre
 » al rico las gracias dió,
 » y el rico entonces contesta:
 » con gracias no como yo.
 » Enfadado el pobre entonces,
 » la peseta volvió á dar
 » y le dijo: Señorito,
 » se la puede usted guardar. »

A mí me ha hecho mucha gracia, y puesto que usted cuando se lo propone hace versos, que es lo más difícil, estudie usted mucho, que es lo más fácil, y tengo para mí que llegará usted á ser un notable filósofo.

K. Mará. — Se publicarán casi todos. El logogrifo corregido.

Duende. — En cambio de usted no publicaré ninguno.

Un suscriptor. — Sí, señor; le entiendo á usted más de lo que se figura; pero me parece que anda usted equivocado. Es entre gracioso y serio, pero no sirve para lo que algunos creen. Además, al César lo que es del César... y á los médicos lo otro.

Mac-Kinley. — También es usted caprichoso para elegir pseudónimo. En fin, allá cada cual con sus gustos. Los versos no me desagradan, pero son además de largos con relación al asunto, bastante incorrectos. Habría que corregirlos. En los versos asonantes los impares han de quedar libres. En una misma línea, y aun en dos seguidas, son muy feas las asonancias y desastrosas las consonantes.

Le digo á usted esto, porque alguna gracia descubro, de modo que aplíquese y mande otra cosilla si quiere y veremos.

Coscorrón. — Perdono el bollo, es decir, los ciento veinticinco endecasílabos libres. ¡Libres! ¡ay! Salvajemente libres.

M. C. — No, no se ha recibido. Crea usted que los sonetos se escriben con mucha dificultad. Necesitan ser primeramente sonetos (y no sólo por contar catorce versos de once sílabas), y después no buenos, sino buenísimos. Cuando son buenos, sólo merecen la nota de medianos y entonces se transige. Pruebe usted otra cosa.

Sosillo. — El salto de caballo tiene sus reglas fijas y usted demuestra que las desconoce.

M. T. F. — «La mirada tuya había prendido fuego voraz en mí, y aun no he podido apagar el incendio...»

Que vaya todo el cuerpo de bomberos, que salgan aprisa todas las bombas, y si aun así no se consigue extinguirle, zambúllase usted en el mar. Es buen tiempo para el remojón.

Escrupuloso. — A usted las duchas; los baños al aire libre pueden perjudicarle.

Remigio. — Veamos eso que usted da «A la Patria»:

« Oigo patria tu aflicción,
 y escucho el triste concierto... »

Etcétera: jure que Bernardo López García se lo ha robado á usted y lo inserto. ¡Pero hombre! ¿Usted también es de los que no temen la augusta sombra de Nino?

C. M. — Ovejón. — R. Q. — T. K. — No puedo decir á ustedes, por qué no me gustan sus composiciones.

Y siguen quedando cartas en cartera.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTÁCULOS ==

una de las que más ha contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA Ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 400

